

Clarín y el retrato satírico político (En torno a dos artículos olvidados)

JESÚS RUBIO JIMÉNEZ
(Universidad de Zaragoza)

¿Quién nos desgarrará como aquel perro? Mire usted que yo pasé cuatro o seis años de mi vida sin que un solo instante dejasen de resonar en mis oídos los ladridos furiosos del can.

Emilia Pardo Bazán en carta a Emilio Ferrari,
fecha el 26-VIII-1901.

La publicación de las *Obras completas* de Clarín ha supuesto un enorme avance en los estudios sobre su producción literaria (Alas 2002-2009). También la confirmación de su gran variedad de registros literarios y la necesidad de seguir completando la recuperación de sus textos a la vez que se va avanzando en su exégesis. En este horizonte se inscribe este breve ensayo donde, a la vez que recupero dos artículos olvidados, voy a exponer algunas de las ideas de Clarín para una posible poética del retrato satírico político, que él cultivó con tanta asiduidad¹.

La utilización de la sátira por Clarín ha sido objeto de numerosos estudios, pero se ha realizado sobre todo atendiendo a su crítica satírica literaria, mientras otras vertientes de lo satírico han quedado orilladas. Basta aquí recordar en este sentido el magistral estudio de Gonzalo Sobejano acerca de «Clarín y la crisis de la crítica satírica», donde trazó las coordenadas fundamentales de esta, ubicó a Clarín en la tradición satírica española, cómo le perjudicaron sus críticas por el excesivo personalismo de sus ataques, por el contagio de la literatura festiva de su tiempo y finalmente por la crisis de este tipo de crítica después del desastre del 98 (Sobejano 1967)². Como suyo, el ensayo de Sobejano abre un campo de estudio enorme, pero aún así, otras vertientes de la crítica satírica de Clarín, como el retrato satírico político, han quedado más marginadas.

Es ya momento de emprender un estudio completo de las diferentes vertientes de la crítica satírica clariniana con toda su complejidad tanto histórica como personal. Estas críticas belicosas y satíricas han ocultado de hecho muchas veces al Clarín lírico, siempre escindido entre el compromiso de que debía contribuir a sanear la cultura española y el dolor que causaba al hacerlo. En un «Paliq» publicado en *Madrid Cómico* el 7 de marzo de 1891, haciendo suyo el procedimiento dialogal de Larra en

¹ Estos dos artículos no han sido incorporados a sus *Obras completas*. Incluyo en el Apéndice el texto completo tal como fueron reproducidos en *El Liberal*, diario democrático de Menorca (Alas, Clarín 1 de mayo de 1890; y 10 de mayo de 1890). El segundo con la indicación final «(El Globo)», indicando su probable procedencia. No he podido ver *El Globo* en estas fechas. Falta en la Biblioteca Nacional este año.

² También, M. Fernández Almagro (1952) y Rubio Jiménez (2011).

«La nochebuena de 1836», incluye una voz que le dice: «No engendres dolor»; a lo cual su conciencia desvelada le murmura que «aludía a los recientes arañazos crítico-satíricos, a los articulejos en los que había hecho yo daño a una y otra persona»³. En permanente vaivén entre el deber de denunciar los falsos ídolos políticos y literarios y la duda de si se excedía en sus destempladas y ácidas críticas fue desarrollando Clarín su literatura satírica con inevitables desgarrones interiores.

Los dos artículos olvidados que aquí importan fueron la reseña de *Oradores políticos. Perfiles* (1890), de Miguel Moya Ojanguren, director de *El Liberal* y amigo de Clarín desde sus años universitarios en que compartieron las enseñanzas de José Canalejas Méndez (1854-1912), entre otros maestros. Su relación transcurrió cordialmente desde entonces hasta que se deterioró y se rompió en 1895 cuando Clarín estrenó *Teresa* y desde *El Liberal* Joaquín Arimón y Eusebio Blasco criticaron duramente el drama sin que Moya hiciera nada por impedirlo, desatendiendo las peticiones de Clarín. Esto hizo que Alas dejara de colaborar en este periódico donde venía publicando sobre todo cuentos. Lo he estudiado en otra parte, editando el epistolario de Moya a Clarín y sus colaboraciones en *El Liberal* (Rubio Jiménez 2018). La ruptura fue dolorosa porque Clarín no podía obviar gestos muy generosos de Moya como que aceptara en la redacción del diario a su «amigo del alma» Tomás Tuero, ya muy enfermo y como un verdadero acto de caridad. Compartían también ideas políticas, teniendo como referente a Emilio Castelar (Rubio Jiménez y Deaño Gamallo 2012). Y, además, desde la dirección de *El Liberal* era uno de los periodistas más influyentes en la opinión pública. Moya se había incorporado a la redacción de *El Liberal* en mayo de 1879, tras haber publicado brillantes semblanzas de los oradores del Ateneo en la revista *La Linterna* de esta institución⁴. Llamó entonces la atención de *Fernanflor* y este le ofreció entrar en la redacción de *El Liberal* donde se hizo un buen sitio con sus «Crónicas parlamentarias» y colaborando en la sección literaria de «Los lunes de *El Liberal*», que dirigía *Fernanflor* desde su escisión de *El Imparcial*. En 1889 Miguel Moya fue nombrado director del periódico, cargo en el que permaneció hasta 1906. Su mano se notó en la orientación del periódico, con la creación de nuevas secciones que lo convirtieron en uno de los mayores rotativos del país.

Dentro de esta renovación de secciones hay que inscribir la publicación de la serie de retratos «Oradores políticos (Perfiles)» entre el 18 de octubre de 1889 y el 27 de enero de 1890, que dio lugar un par de meses después al libro homónimo donde recogió veinte semblanzas de políticos españoles: Cánovas, Castelar, Sagasta, Martos, Silvela, López Domínguez, Alonso Martínez, Azcárate, Pidal, Moret, Gamazo, Pi y Margall, Montero Ríos, Salmerón, Martínez Campos, Labra, el Marqués de la Habana, Moyano, Ruiz Zorrilla y Romero Robledo. Cada una de ellas ilustrada con un fotograbado de Laporta. El repaso de la primera publicación de estas semblanzas en *El Liberal*, no obstante, añade un perfil más: «Ayala (Perfiles)», que acaso no fue incluido en el libro porque no va precedido por el título común de los otros: «Oradores políticos»⁵.

³ Laureano Bonet (s. a.) analiza estos asuntos en «Clarín y la crítica: Imágenes recurrentes».

⁴ Estas crónicas son la base primera de su galería de oradores políticos que culminó en el libro *Oradores políticos (Perfiles)* (1890). Con 20 retratos fotograbados de Laporta. El libro se puso en circulación los últimos días de abril. Se anuncia en *El Liberal* el 26 de abril de 1890 como una colección de semblanzas, ilustradas con fotograbados realizados por Laporta. Su portada es un notable dibujo de Manuel Domínguez.

Sobre Miguel Moya: Anónimo (1922). González Soriano (2014) y sobre todo, Márquez Padorno (2012) y (2015).

⁵ Miguel Moya, «Ayala (Perfiles)», *El Liberal*, 30-XII-1889, p. 1. La aparición en el periódico de la serie completa en el periódico véase la «Bibliografía citada».

Si en 1879 sus semblanzas en *La Linterna* le valieron la entrada en *El Liberal*, la reescritura y puesta al día de estas convirtieron *Oradores políticos. Perfiles* (1890) en un libro modélico sobre el arte del retrato satírico político en los años siguientes a la vez que un testimonio inexcusable sobre la oratoria parlamentaria durante la Restauración, ejemplificada por esta veintena de políticos muy activos durante aquellos años, aunque no siempre eran buenos oradores parlamentarios. Excede estas páginas su careo con las semblanzas originarias de *La Linterna* más punzantes y caricaturescas, cuya comparación permitiría valorar la evolución de los políticos retratados y la del propio Miguel Moya, que había pasado de un incisivo periodismo de cronista parlamentario a formar parte él mismo del Congreso como diputado del grupo castelarista y reconocido periodista que dirigía uno de los diarios madrileños más influyentes. La difusión del libro fue amplia y además, diferentes periódicos provinciales, que estaban en la estela ideológica del castelarismo, reprodujeron los artículos -sobre todo los de personajes afines políticamente- con lo que llegaron a lectores en muchos casos alejados de la capital; es el caso de *El Liberal, diario democrático de Menorca*, que reprodujo tanto la reseña como algunos de los perfiles originarios.

La reseña que Clarín constituye en primer lugar un cuidado retrato del amigo destacando su bondad personal, que determinaba que sus retratos, sin dejar de ser satíricos, fueran fáciles de aceptar por los aludidos. Era una persona querida por todo el mundo y abierta a comprender a sus semejantes: «Miguel Moya siempre está dispuesto a comprender las heridas delicadas del alma que los egoístas de la vida bulliciosa y precipitada niegan para excusarse de compadecerlas».

Pero, además, el libro le permitió a Clarín realizar una reflexión sobre los ingredientes y los modos expresivos del retrato político. Es este el aspecto que quiero destacar porque ayuda a fijar su «poética» de esta modalidad de escritura que él cultivó constantemente aunque no llegara a coleccionar sus retratos y que apenas tengamos constancia de algún proyecto en este sentido como «Vivos y muertos», que no se refería directamente a la vida política. Los retratos de Clarín -satíricos y de otro tipo- se encuentran dispersos a lo largo de toda su obra. A pesar de la bondad de Moya en sus semblanzas «no falta el espíritu satírico», decía Clarín y recurría a imágenes gratas para él a la hora de adoptar la perspectiva de escritor satírico:

Su libro *Oradores políticos* demuestra todas esas cualidades que he apuntado. Es obra de un hombre bueno que tiene talento y razón suficiente para empalar con la pluma a varios gerifaltes de la política española, y sin embargo, se contenta con dar una docena de azotes, bien dados, pero sin sacar sangre, a los más dignos de castigo.

«Empalar con la pluma» era una expresión usada en la crítica satírica. Clarín se había convertido en uno de los más temidos escritores de su tiempo y fue representado por Cilla precisamente «empalando con su pluma» a los criticados, algo que le desagradó profundamente e hizo que se quejara de que el caricaturista lo trataba con ensañamiento. Acompañaban a la imagen de Cilla estos versos: «es un crítico eminente, / que zurra divinamente / a los escritores malos, / y vive pegando palos / a todo bicho viviente» (Cilla 1883). No parece una expresión que goce de prosapia clásica a diferencia de los azotes proporcionados con látigo, que es un tópico clásico muy vigente en el siglo XIX donde es habitual encontrar como título de publicaciones satíricas «El látigo», avalado por escritores como Larra en «De la sátira y los satíricos». O en Bretón de los Herreros no sorprenden versos como estos:

¿No es muy justo que el látigo severo
de la sátira al fin consuele al mundo
pues de ella no les salva humano furor?

(Bretón de los Herreros 1834: 8)

Empuñando un látigo dibujó Ángel Pons a Clarín en una conocida imagen donde representaba su faceta de escritor satírico⁶. A Moya le reserva Clarín este papel menos agresivo, dando apenas una docena de azotes al satirizado, casi como unas zurras maternas que corrigen al errado. Los efectos de la sátira de Moya eran como mucho «arañazos», llamadas de atención dolorosas a quienes no cumplían con sus obligaciones, siguiendo la norma clásica de la sátira: *castigat ridendo mores*. Los arañazos son el mal menor en los enfrentamientos entre poetas en las sátiras literarias y así sucede en *La derrota de los pedantes. Sátira contra los vicios de la poesía española* donde no es extraño ver a Quevedo, pongamos por caso, recibiendo algunos arañazos en su lucha contra poetastros y eruditos. Con arañazos y bufidos se inició Benavente en la sátira periodística en los años noventa. Son dos ejemplos tomados al azar entre muchos otros posibles sobre la sátira como metafórico arañazo. Clarín por lo tanto utilizó imágenes canónicas para caracterizar el arte satírico de su amigo, situándolo cerca de la literatura festiva en este aspecto: «se ve tan claramente en el fondo de la mirada y de las acciones de Moya un alma buena, que hasta se les buscará otro nombre a los arañazos cuando sean suyos».

No faltaba el espíritu satírico en esta colección de perfiles, pero de un espíritu satírico amable. Reconocía Clarín que él más de una vez había «apoyado en su hombro *moralmente* la cabeza después de ver mil tristezas humanas en el Congreso, en el Ateneo, en el café, en el teatro». Esa bondad de Moya le resultaba a Clarín ejemplar y de aquí su elogio a sus compasivos perfiles que quizás por ello resultaran más eficaces para los lectores, que una sátira más agresiva.

Fue sobre todo en el segundo artículo donde Clarín expuso sus ideas sobre la semblanza política satírica, que encontraba bien manejada por Moya, con estos rasgos: no debía ser pretenciosa; debía estar escrita con gracia y amenidad de estilo; consideraba un ingrediente fundamental la introducción de anécdotas oportunas y tenía que estar

⁶ Ángel Pons (1889), en la portada y con este texto:

Uno de los privilegios que tiene *Clarín* es el de armar ruido.

Y se comprende.

Haciéndolo así cumple su misión y justifica el *alias*.

Un Clarín que no sonara, ¿para qué demonios serviría?

Y como Alas quiere servir, y efectivamente le sirve, suena.

Lo doloroso es que casi siempre lo hace de un modo desagradable.

Desagradable, entiéndase bien, para los oídos de aquellos a quienes favorece con sus *sonatas*.

¡La verdad es que suele dar unos solos morrocotudos!

Folletito que él publica, escándalo al canto.

Unos le llaman eminente crítico.

Otros...

No quiero decir lo que le llaman otros.

Ya lo sabe él.

Lo indudable es que su personalidad artística tiene méritos sobrados para figurar en nuestra galería de caricaturas, y por eso figura.

Conste.

escrita sin olvidar nunca la finalidad moral de la sátira y destinada a que los lectores aprendieran a discriminar en este caso entre unos líderes políticos y otros: «aunque no aparente, se ve en el fondo de estos ligeros estudios una distinción que todo hombre de verdadero gusto, de cultura seria y de sana moralidad, tiene que establecer entre unos y otros políticos españoles.»

El propio Clarín acaba haciendo en estos dos artículos un ejercicio de sátira política, interpretando desde sus puntos de vista a los personajes representados en los perfiles de Moya. Naturalmente no podía librarse de sus alfilerazos Cánovas, personaje a quien detestaba. Pero sobre todo lanzó una andanada terrible contra Romero Robledo, a quien consideraba

un hombre antipático y funesto que tiene la importancia de los microbios: el ser una peste, un mal muy contagioso. Romero en otro país menos corrompido por la ignorancia y el compadrazgo y la poca aprensión, sería una de tantas cabezas de chorlito; en España es el símbolo de varias calamidades nacionales.

Clarín, curtido y experimentado escritor de periódicos, gradúa conscientemente sus recursos, recurriendo a imágenes brillantes como cuando se refiere a cómo a «los ratones de espíritu se les antojan montañas» falsas grandezas; imagen que retoma después y llama «oradores Himalayas» a algunos que no son más que ratones, con lo cual no hacía sino actualizar el viejo dicho latino del *parto de los montes*, fábula de Esopo en la que después de grandes dolores los montes paren un ratón y que fue convertida en tópico sobre todo a partir del verso de Horacio en su *Epístola a los Pisones*: «parturient montes nascetur ridiculus mus». Saca así nuevo jugo a una expresión exprimida durante siglos, demostrando su ingenio. Las variaciones de expresiones acuñadas es un recurso que repite: «el hombre, ya que no *lobo* siempre, es *zorro* para el hombre», variación ingeniosa sobre *Homo hominis lupus est*; o después de ironizar sobre las limitaciones de algunos de los retratados convertidos en oradores parlamentarios a pesar de sus limitaciones oratorias los llamaba a todos ellos «Demóstenes».

Valoró también como Moya practicaba la introducción de digresiones, anécdotas y citas que daban eficacia a su discurso:

Aunque no todas, la mayor parte de las anécdotas que trae a colación son nuevas, de verdadero chiste y muy oportunas; alusiones, citas y en general digresiones y referencias de literatura, historia, etc., etc. en que abunda el libro, le dan variedad, malicia, interés, y hacen su lectura mucho más agradable de lo que suele serlo la de libros análogos, en los que el *botafumeiro* hace el gasto, convirtiendo la obra crítica en un monólogo de humo.

Y mostró sus indudables diferencias con Moya a la hora de juzgar a los oradores perfilados, aunque al cabo le reconocía, cerrando su extensa reseña que «en el libro de Moya se me antoja ver que el autor reparte discretamente sus premios a la virtud, y que jamás los confunde con las coronas de hojarasca destinadas a la retórica».

Bastará aquí para ejemplificar la manera de escribir sus semblanzas Miguel Moya con referirnos a las tres primeras, las dedicadas a Cánovas, Castelar y Sagasta, siempre con ese espíritu satírico suave que Clarín señaló y propenso al elogio cómplice en el caso de Castelar, su jefe de filas político. Con «Oradores políticos. Cánovas del Castillo» arrancaba la serie Moya remitiendo a que Plutarco ya indicaba que a quien escribe

semblanzas y no biografías, no se le puede reprochar que no relatara todas las hazañas y empresas del retratado, sino que de lo que se trataba era de resaltar algunos indicios del ánimo del personaje en cuestión más que analizar sus obras y sus actos (Moya 18 de octubre de 1891). Para Moya, Cánovas era el hombre clave de la Restauración de 1874, un cultivador de la historia que había aprendido sus lecciones, un polemista elocuente más audaz en el pensamiento que en los hechos y cuyo sitio perfecto era el banco azul del congreso. Llamaba la atención sobre la disparidad entre su figura anodina y su potencia como orador. Estatura mediana, cabeza sin rasgos fisonómicos destacables y falta de expresión, que «más parece un artesano enriquecido que un hombre de estado». Sin embargo, la palabra le obedecía esclava: «cuando está en la tribuna se transfigura. Cuando la última frase de sus discursos se extingue la luz que le envolvía pierde su brillo y su color, y el grande hombre se desvanece».

Era ante todo orador, que entusiasmaba a sus seguidores aunque utilizaba palabras cuyo sentido muchas veces era difícil de adivinar y construía sofismas inaceptables. Escuchándolo, sin embargo, seducía y era a la postre más dictador que jefe de la mayoría conservadora, que escuchaba sus palabras como las de un oráculo. Su flanco más débil era la falta de serenidad para vencer las contrariedades pertinaces, la falta de capacidad de disimulo. Sujetaba a su mayoría conservadora por el temor y aunque se tirase de cabeza al mar no confesaría nunca que se ahogaba. Clarín no podía dejar de fijarse en la semblanza de Cánovas una de sus bestias negras y sobre quien escribió incesantemente, incluido uno de sus conocidos folletos: *Cánovas y su tiempo*. Clarín señalaba que Moya había transigido con él colocándolo el primero, jerarquizando así la serie y otorgándole un lugar de privilegio, seguido por Castelar y Sagasta.

En «Oradores políticos. Sagasta», Moya comenzaba aparentemente aminorando al personaje, afirmando que su estirpe democrática era muy sencilla: «pertenece a la modesta y aprovechada familia de los gorriones» (Moya 26 de octubre de 1889). La sátira ha recurrido siempre a las comparaciones entre seres humanos y animales, pero aquí se hace con suavidad casi becqueriana. Y para afirmar a continuación que era el más listo y avisado de los gorriones, el que sabía más por haber estado mucho tiempo como presidente del Consejo de ministros y como ministro. Incansable e invencible en la oposición, sin embargo se refugiaba en la inactividad cuando había vencido:

Quando lucha lo quiere hacer todo: quando ha vencido solo encuentra placer en no hacer nada. Habla con el fuego de la pasión a sus correligionarios, y como solo les habla de lo que les interesa, y en un idioma familiar y sencillo, todos le entienden y le aplauden. Su mejor amigo es el tiempo. Su política ha consistido siempre en dejarlo todo para mañana. Ante las ingratitudes se sonríe, ante las rebeldías se cruza de brazos, ante los conflictos se encoge de hombros.

Era un jefe de partido a la altura de todas las inteligencias. No había querido ser nunca el primero entre sus iguales. Eso se quedaba para Cánovas y «su oratoria es en la oposición agudísima, audaz, terrible, demoledora, pero en cuanto llega al gobierno, como que se le seca el cerebro, y se le entorpece la lengua, y se le atrofian la voluntad y el brío». Y continuaba:

Su sonrisa burlona desespera; su mirada viva y penetrante desafía; sus gestos elocuentísimos convencen; su accionar fácil, distinguido, incopiable, atrae y seduce; su impetuosidad y su vehemencia lo arrollan todo

[...] No hay en el parlamento español nadie más sereno, más valiente, más audaz,

más dueño de sí mismo, que haga mejores y más certeras punterías.

[...] No hay quien iguale a Sagasta en el arte complicadísimo y difícil de allanar montañas, de abrir cauces a los ríos, de amansar a las fieras, de empequeñecer las cuestiones, de conjurar las crisis, y de reírse de las rebeldías y conjuras. En este punto no tiene rival. Es un maestro consumado. Hace prodigios.

Modesto y sobrio tanto en el comer como en el vestir, verdadero ejemplo de demócrata en su conducta, suscitaba sin duda la simpatía de Moya que a la postre traza una semblanza elogiosa del personaje. En cuanto a su jefe de filas político, Emilio Castelar, lo identificaba directamente con la elocuencia:

La elocuencia se llama Castelar. Cantor de la naturaleza, cuya transformación incesante le habla de la inmortalidad; cantor del arte, porque en él empieza la religión luminosa de la libertad; cantor de las grandezas de la patria, porque cree que para pensar necesitamos de su lengua, y para rezar y para explayarnos en lo infinito necesitamos de sus países y de sus plegarias; cantor de la libertad y de la democracia, Castelar, como orador, no solo pertenece a España, pertenece al mundo. No se le juzga, se le admira, y al oírle sentimos dentro de nosotros algo del divino espíritu que anima sus palabras, lloramos lo que él llora, amamos lo que él ama, aborrecemos lo que él aborrece, y le aplaudimos con delirio, orgullosos de que hable la hermosa lengua de Cervantes (Moya 20 de octubre de 1889).

Disparado en el elogio afirmaba que «es D. Emilio el primer orador del mundo», un hombre labioriosísimo que trabajaba todos los días del año y personificaba para él en la política española el optimismo, entregado como jefe del partido posibilista a conseguir el triunfo de la democracia, el procedimiento legal y el procedimiento revolucionario. Es evidente en la semblanza la simpatía y la sintonía con su jefe de filas político. También Clarín se pronunciaba con gran admiración sobre él y en su reseña no podía dejar de mencionarlo

Cánovas abriendo la galería no supone sumisión al alfabeto o a la cronología, sino sumisión a las preocupaciones vulgares. Mas no tarda en venir el paliativo, casi, casi sin remedio; Castelar es el segundo orador de la galería y a voces está diciendo aquello del «Majagranzas» del cuento de Sancho a los duques: porque Moya coloque a Castelar donde quiera, y como uno de tantos, dice de él, y solo de él, que vive ya hace tiempo en la inmortalidad. En efecto, este elogio, que no fijándose bien puede parecer frase hecha, es la piedra de toque para el mérito relativo de los escritores políticos españoles: Moya, con gran arte y con gran justicia, dice eso de la inmortalidad (que ya sabe qué sentido tiene tratándose de mortales) del único orador *actual* español de quien se puede decir sin que suene a hipérbole.

No son, en fin, sino unas pinceladas, unos pocos ejemplos de esta interesante colección de retratos políticos que valdría la pena estudiar con detalle porque es una de las galerías más logradas de esta modalidad de escritura en aquellos años. Es evidente que la simpatía o la antipatía por el personaje retratado jugaban un papel notable en su presentación -tanto para Moya como para Clarín- pero no lo es menos cómo actualizaban los escritores viejos recursos de la retórica de la sátira haciendo que los tópicos reverdecieran gracias a su ingenio.

Para ir concluyendo. Moya agradeció la atención que Clarín prestó a su libro *Oradores políticos. Perfiles*, dedicándole los dos artículos citados y escribiéndole una

afectuosa carta que corrió de mano en mano por la redacción de *El Liberal* según le contó Moya a Alas sin que acertaran a «traducirla» completa dada la endiablada caligrafía del escritor. Le envió esta carta el 19 de abril de 1890:

[*El Diputado a Cortes*
Por
Ponce]

Sr. D. Leopoldo Alas

Mi querido amigo: Dos sorpresas a cual más agradable para mí ha producido por lo que veo mi libro de *Perfiles*. Una, la de usted, encontrándome mejor escritor de lo que imaginaba, otra la mía, encontrándole a usted mucho mejor amigo mío de lo que yo creía. Y ahora que no vengan muchas sorpresas de estas: no las doy viendo lo que usted es y sabiendo lo que usted vale por todos los discursos que han pronunciado y pronunciarán en lo que les queda de vida Martos y Cánovas.

Le debo a usted ¡y cuidado si es deuda! una carta y dos artículos⁷. La carta ha corrido de mano en mano por la redacción de *El Liberal* sin que todavía hayamos logrado traducirla del todo: los artículos me han valido muchos elogios que no esperaba.

No faltan diputados comensales (¿?) (pues aunque usted les trate a ellos mal, ellos le admiran a usted mucho) que me digan en broma en el salón de conferencias recordando algo que usted decía en su primer artículo:

-¿Me deja usted reclinar mi cabeza en su hombro?

Yo no les dejo -claro está- pero me acuerdo de lo que debo a la amistad de usted y con esto quedo contentísimo.

Ya sabe usted mi lema:

¡Guerra a los generales y viva Clarín!

Suyo afmo. reconocido amigo y admirador

Miguel Moya

Abril 29/1890⁸.

La carta de Clarín al parecer no se ha conservado, pero ahora, recuperamos los dos artículos tal como se publicaron en *El Liberal*, diario democrático de Menorca los días 1 y 10 de mayo de 1890, el segundo con una indicación final remitiendo a *El Globo*, lo que hace pensar que aparecieron antes en este diario, extremo que no he podido confirmar al no haber podido consultar ninguna colección completa del periódico en aquellas fechas. Era el momento de mayor acercamiento entre ellos, que derivó en la colaboración de Clarín en *El Liberal* con varios cuentos hasta que la sintonía se rompió con la polémica del estreno de *Teresa* como queda dicho. Pero esa es ya otra historia.

En definitiva, tanto el libro de Moya como la gran cantidad de retratos satíricos políticos que Clarín fue diseminando en sus artículos reclaman mayor atención crítica.

⁷ Miguel Moya debió enviarle con tiempo un ejemplar a Clarín y este le escribió, acusando recibo y adelantando que escribiría sobre él estos dos artículos que llenaron de satisfacción a Miguel Moya. Véase el texto completo de los dos artículos en nuestro Apéndice. Las alusiones humorísticas de la carta de Moya encuentran su explicación en los artículos.

⁸ La transcribo y comento en Rubio Jiménez (2018).

Su estudio permitirá en mi opinión ponerle también en este aspecto a la altura de los grandes cultivadores de moderno retrato literario que estaba entonces sufriendo una transformación extraordinaria tanta como el cuento o la poesía lírica aunque ahora su estudio sea una asignatura pendiente en nuestras historias de la literatura. En otras palabras, en los retratos satíricos políticos de Clarín se dan la mano Plutarco y Horacio, Cervantes y Quevedo, pero también se atisban caminos modernos como los emprendidos por Walter Pater o Marcel Schwob para el retrato literario. Justificar esta ensalada de nombres necesitaría largo espacio.

Bibliografía

- ALAS, Clarín, Leopoldo. (2002-2009). *Obras completas*. Coordinación de Yvan Lissorgues y Jean François Botrel. Oviedo. Ediciones Nobel. XII vols.
- . (1890). «Oradores políticos. Perfiles, por Miguel Moya.- Sáenz Jubera, Hermanos.- Editores.- Madrid». *El Liberal, diario democrático de Menorca*, n.º 2.645, 1 de mayo. 1.
- . (1890). «Oradores políticos. Perfiles, por Miguel Moya (Conclusión)». *El Liberal, diario democrático de Menorca*. n.º 2.653, 10 de mayo. 1.
- ANÓNIMO. (1890). «Miguel Moya, Oradores políticos (Perfiles)». *El Liberal*. 26 de abril.
- . (1922). *Don Miguel Moya. Rasgos biográficos*. Madrid. Asociación de la Prensa.
- BONET, Laureano. (s. a.). «Clarín y la crítica: Imágenes recurrentes», en *Clarín, espejo de una época*. Edición digital en Centro Virtual Cervantes.
- BRETÓN DE LOS HERREROS, Manuel. (1834). *Sátira contra los abusos y despropósitos introducidos en el arte de la declamación teatral*. Madrid. Imprenta de Repullés.
- CILLA. (1883). «Nuestros críticos. Leopoldo Alas (Clarín)». *Madrid Cómico*. 4 de marzo.
- GONZÁLEZ SORIANO, José Miguel. (2014). «Miguel Moya y la revista *La América*». *Anales de Literatura Española* [Universidad de Alicante]. 26. 213-237.
- FERNÁNDEZ ALMAGRO, Melchor. (1952) «Crítica y sátira en Clarín». *Archivum*. II, enero-abril.
- MÁRQUEZ PADORNO, Margarita. (2012). «El liberalismo en la prensa: Miguel Moya». *Historia contemporánea*. 43. 685-699.
- . (2015). *Miguel Moya Ojanguren (1856-1920): talento, voluntad y reforma en la prensa española*. Madrid. Ediciones de la Asociación de la Prensa de Madrid.
- MOYA, Miguel. (1889). «Oradores políticos. Cánovas del Castillo (Perfiles)». *El Liberal*. 18 de octubre. 1.
- . (1889). «Oradores políticos. Castelar (Perfiles)». *El Liberal*. 20 de octubre. 1 y 2.
- . (1889). «Oradores políticos. Sagasta (Perfiles)». *El Liberal*. 26 de octubre. 1.
- . (1889). «Oradores políticos. Azcárate (Perfiles)». *El Liberal*. 31 de octubre. 1.
- . (1889). «Oradores políticos. Martos (Perfiles)», *El Liberal*. 3 de noviembre. 1.
- . (1889). «Oradores políticos. Silvela (Perfiles)». *El Liberal*. 10 de noviembre. 1.
- . (1889). «Oradores políticos. López Domínguez (Perfiles)». *El Liberal*. 14 de noviembre. 1 y 2.
- . (1889). «Oradores políticos. Alonso Martínez (Perfiles)». *El Liberal*. 18 de noviembre. 1.

- . (1889). «Oradores políticos. Pidal (Perfiles)». *El Liberal*. 21 de noviembre. 1 y 2.
- . (1889). «Oradores políticos. Moret (Perfiles)». *El Liberal*. 25 de noviembre. 1 y 2.
- . (1889). «Oradores políticos. Gamazo (Perfiles)». *El Liberal*. 27 de noviembre. 1 y 2.
- . (1889). «Oradores políticos. Pí y Margall (Perfiles)». *El Liberal*. 1 de diciembre. 1.
- . (1889). «Oradores políticos. Montero Ríos (Perfiles)». *El Liberal*. 5 de diciembre. 1 y 2.
- . (1889). «Oradores políticos. Salmerón (Perfiles)». *El Liberal*. 9 de diciembre. 1 y 2.
- . (1889). «Oradores políticos. Martínez Campos (Perfiles)». *El Liberal*. 11 de diciembre. 1.
- . (1889). «Oradores políticos. Labra (Perfiles)». *El Liberal*. 16 de diciembre. 1.
- . (1889). «Oradores políticos. El marqués de la Habana (Perfiles)». *El Liberal*. 26 de diciembre. 1.
- . (1889). «Oradores políticos. Ruiz Zorrilla (Perfiles)». *El Liberal*. 26 de diciembre. 1.
- . (1889). «Ayala (Perfiles)». *El Liberal*. 30 de diciembre. 1.
- . (1890). «Oradores políticos. Moyano (Perfiles)». *El Liberal*. 11 de enero. 1.
- . (1890). «Oradores políticos. Romero Robledo (Perfiles)». *El Liberal*. 27 de enero. 1.
- . (1890). *Oradores políticos (Perfiles)*. Madrid, Sáenz de Jubera Hermanos. Con 20 retratos fotográficos de Laporta.
- PONS, Ángel. (1889). «Caricaturas contemporáneas. La de hoy: Leopoldo Alas (Clarín)». *Los Madriles*. 20 de julio.
- RUBIO JIMÉNEZ, Jesús. (2011). «Clarín y la caricatura (Un paseo por los arrabales del esperpento)». En *Literatura ilustrada decimonónica, 57 perspectivas*. Ed. Borja Rodríguez Gutiérrez y Raquel Gutiérrez Sebastián. Santander. Publican. Ediciones de la Universidad de Cantabria. 811-840.
- . (2018). «La colaboración de Clarín en *El Liberal* a la luz de ocho cartas inéditas de Miguel Moya». *Creneida. Anuario de literaturas hispánicas*. 6. 494-525. [Disponible en internet](#) [última consulta, 02-02-2020].
- y Antonio DE AÑO GAMALLO. (2012). «Emilio Castelar y Leopoldo Alas, Clarín: entre la política y la literatura». *Archivum*. LX. 9-57.
- SOBEJANO, Gonzalo. (1967). «Clarín y la crisis de la crítica satírica». En *Forma literaria y sensibilidad social (Mateo Alemán, Galdós, Clarín, el 98 y Valle-Inclán)*. Madrid. Gredos.

Apéndice

Dos artículos olvidados de Clarín

1

Clarín, «*Oradores políticos. Perfiles*, por Miguel Moya.- Sáenz Jubera, Hermanos.- Editores.- Madrid». *El Liberal, diario democrático de Menorca*. n.º 2.645. 1 de mayo de 1890. 1

Miguel Moya es una de esas personas que quiere bien todo el mundo, y que, *sin embargo*, no son insignificantes. Generalmente la pícara humanidad hace con los humanos lo contrario de lo que hace con los cuchillos; solo suele estimar el prójimo que ni pincha ni corta. Moya sabe pinchar y cortar, como lo prueba este libro de semblanzas que ahora publica, y no obstante, dudo que tenga enemigos, como no sean los generales que quieren mandar solos en las Américas. Se ve tan claramente en el fondo de la mirada y de las acciones de Moya un alma buena, que hasta se les buscará otro nombre a los arañazos cuando sean suyos.

No falta el espíritu satírico en esta colección de *perfiles*: algunos oradores más o menos *aglutinantes* salen medianamente lavados y planchados de las manos finas y enguantadas de Moya: pues con todo, dudo que ni el mismo marqués de la Habana tome a mala parte las bromas del discretísimo diputado por Ponce, y eso que el sarcasmo relativo al presidente del Senado no deja de ser fuerte. ¡Moya le coloca en su galería de oradores parlamentarios!

Sin necesidad de ser pesimista con cartilla se puede reconocer que el mundo está lleno de malas personas, y que otras muchas, sin ser criminales, son poco agradables y nada compasivas; siendo esto así, cuando uno sale de casa toma precauciones sumas para andar por una selva; el hombre, ya que no *lobo* siempre, es *zorro* para el hombre. Por eso, cuando en esta fatiga de desconfiar de nuestros semejantes (¡nuestros semejantes! esto es lo más triste, ¡somos como ellos!) se encuentra un Miguel Moya, dan ganas de apoyar la cabeza en su hombro por vía de descanso. Yo, sin que él lo sospechara tal vez, he apoyado en su hombro *moralmente* la cabeza después de ver mil tristezas humanas en el Congreso, en el Ateneo, en el café, en el teatro. Si estáis bajo el peso de una pena o de la melancolía de una de esas ideas generales que hacen ver el mundo negro, hablad con hombres como ese Miguel Moya, y veréis que en ellos, aunque estén alegres, satisfechos en aquel momento, hay algo que responde armónicamente a vuestro desencanto, a vuestro dolor; es la bondad, la bondad que no es subjetiva, y que no consuela al triste porque ella esté triste, sino porque es buena. El misántropo no acompaña al misántropo; se va solo, es un egoísta. El corazón generoso es el que tiene la clarividencia del dolor ajeno. Los sacerdotes visten de luto por Jesús; pero cuando hay un duelo en casa y entra un sacerdote, encontramos discreción piadosa y previsora en aquella oscuridad de su ropa, que parece en obsequio nuestro. Miguel Moya siempre está dispuesto a comprender las heridas delicadas del alma que los egoístas de la vida bulliciosa y precipitada niegan para excusarse de compadecerlas.

El joven diputado por Puerto Rico es un político, un periodista de batalla diaria, que vive en el ambiente de las pasiones y pasioncillas de la *tribuna* y de la *prensa*, y es un soldado de ese periodismo a la *moderna* que tácitamente ha convenido en que «redactar es transigir», y a pesar de todo ello, no ha dejado nuestro hombre que su espíritu se adocenara, y viviendo entre vulgaridad intelectual y vulgaridad moral, es un escritor y es una persona de verdadera distinción. No hay que verle cuando se trata de una de esas oleadas de opinión que ensalzan el discurso de una medianía aparatosa, o la comedia de relumbrón, o cualquier otra *grandeza* de esas que a los ratones de espíritu se les antojan montañas: Moya, si hay delante un hombre

de miras algo más altas, de juicio más fuerte y gusto más escogido... se pone colorado, y se apresura a dar a entender que él no participa de la necedad general, por más que en cuanto periodista o político, transija en la apariencia.

Su libro *Oradores políticos* demuestra todas esas cualidades que he apuntado. Es obra de un hombre bueno que tiene talento y razón suficiente para empalar con la pluma a varios gerifaltes de la política española, y sin embargo, se contenta con dar una docena de azotes, bien dados, pero sin sacar sangre, a los más dignos de castigo. Además, *Oradores políticos* no es una transacción completa descarada con el mal gusto y la pequeñez de espíritu generales; pues al fin, no ve Moya en los caballeros en cuya elocuencia y gestos pasa revista otros tantos Himalayas de la oratoria y de las buenas acciones. Es el libro que brevemente examino de condición simpática lo mismo para el amante de la justicia que para los honrosos partidarios del *bentrovato*, aunque no sea verdadero. Tranquiliza a los primeros la idea constante de que les acompaña entre líneas el escritor despierto, de ingenio agudo y gusto delicado, que sería mucho más severo con las malas personas y los malos oradores si no existieran la atenuación y la piedad en el mundo. Tal vez para hacer un poco de justicia necesita dejar de hacer otro poco. Me explicaré: acaso las lecciones de buena retórica y de buen vivir que van en el libro de Moya, no tendrían eficacia porque no las querría escuchar el vulgo, si fuesen más severas, si fuesen rigurosamente [sic] conformes a la verdad en cada caso.

Primera transacción: el libro comienza por la semblanza de Cánovas; si fuese otro cualquiera el primero, no habría nada que decir; podría creerse que no había intención jerárquica en el orden; pero Cánovas abriendo la galería no supone sumisión al alfabeto o a la cronología, sino sumisión a las preocupaciones vulgares. Mas no tarda en venir el paliativo, casi, casi sin remedio; Castelar es el segundo orador de la galería y a voces está diciendo aquello del «Majagranzas» del cuento de Sancho a los duques: porque Moya coloque a Castelar donde quiera, y como uno de tantos, dice de él, y solo de él, que vive ya hace tiempo en la inmortalidad. En efecto, este elogio, que no fijándose bien puede parecer frase hecha, es la piedra de toque para el mérito relativo de los escritores políticos españoles: Moya, con gran arte y con gran justicia, dice eso de la inmortalidad (que ya sabe qué sentido tiene tratándose de mortales) del único orador *actual* español de quien se puede decir sin que suene a hipérbole.

Como buen periodista, Moya *transige* también con la actualidad, y así aunque en la lista de los personajes *parlantes* de su libro, «ni están todos los que son, ni son todos los que están», puede justificarse diciendo que él trata de los políticos que estos días, que estos últimos días, manejan, por un concepto o por otro la cosa pública... en cuanto una cosa, aunque sea pública, se puede *manejar*... con la lengua. Que Martínez Campos y Romero Robledo influyen en nuestra política, es indudable, aunque pueda ser doloroso, Y ¿cómo influyen? pues exotéricamente [sic] a lo menos, como Dios hizo el mundo, con su palabra. Además, téngase en cuenta que el libro se titula *Oradores políticos*, no *Los oradores políticos*, y la supresión del artículo quita toda pretensión de totalidad. Esto, para justificar que falten algunos; en cuanto a justificar la presencia de los que sobran... ahí están la bondad de Dios, la de Moya y cierto sentido que pueden tener las palabras. ¿No es el marqués de la Habana político? Sí, en sus manos volcó el trono de Isabel II. ¿No es el general Concha orador? Pues también. Así es como el difunto Fernández y González me dijo a mí en cierta ocasión: -Todo dios es filósofo; se puede decir... todo senador o diputado que jura... es orador.

Y más diré, seamos francos: yo nunca he oído al señor marqués de la Habana; es posible que hasta hable bastante bien. Yo desde luego aseguro que, hable como hable, lo hace, en punto a sintaxis, mejor que Romero Robledo. Martínez Campos me dio a mí una lección en este punto. Como decían de él que era tan... todos ustedes recuerdan lo que decían, fui a oírle al Congreso una tarde, creyendo que aquel hombre para pronunciar necesitaba algún

auxilio extraordinario; por ejemplo, que durante la noche le cayese rocío sobre la cabeza y que después se la calentase el sol; que era, según lenguas, el motivo que tenía para decir algo la estatua de Amno. Pues no señor, no era así; Martínez Campos no necesitaba del sol ni del agua; hablaba él solo, en estilo llano, eso sí, pero corrido y sin disparatar demasiado. Se podía después dar cuenta de lo que había dicho. Lo cual no sucede siempre con Romero Robledo, que como se metiera en una concatenación no salía de ella, sino dirigiéndose a los de la tribuna para decirles que, si se reían de él, era que no tenían vergüenza. Días hubo en que los encargados de recoger las frases de los padres de la patria para llevarlas calentitas a los periódicos, tuvieron que suspender sus apuntes, porque no había modo de comprender, ni remotamente, lo que Romero Robledo había querido decir. Recuerdo un caso; Romero era ministro; no sé por qué se metió en la descripción de un valle alegórico, moral y político, valle fue que no hubo manera de sacarle de allí; y hasta los periodistas ministeriales se declararon en huelga por un rato, por imposibilidad material de entender al ministro. Este salió del valle al fin enseñándonos los dientes a unos cuantos que nos reíamos allá arriba, y diciendo que los que se reían eran unos tontos o cosa por el estilo, y que de él no se reía quien quería, sino quien podía, y que no estábamos a la altura de su desprecio (y estábamos en la tribuna)...

Perdóneme Moya la digresión en premio del buen deseo...

Y, como se hace tarde, concluiré mañana.

CLARÍN

2

Clarín, «Oradores políticos. Perfiles, por Miguel Moya (Conclusión)». *El Liberal*, diario democrático de Menorca. n.º 2.653. 10 de mayo de 1890

Aunque siempre he tenido muy favorable idea del ingenio y de la perspicacia de Miguel Moya, confieso que sus *Oradores políticos* me ha parecido que están por encima, no del mérito de mi amigo, sino de esa idea que tenía de él. No quiero hacer comparaciones odiosas: pero es lo cierto que cotejadas estas semblanzas con otras de varios escritores publicadas no ha mucho, y que tenían por asunto, aproximadamente, los mismos personajes que Moya describe y juzga, en el libro de Moya salen ganando. Lo debe acaso, en parte, a que sus retratos son de pocas pretensiones, no nos convierten en *colosos* de la oratoria a esos apreciables ex ministros y capitanes generales de quien tiene que hablar para que el libro abulte un poco. Además, una cosa es buscar la gracia y la amenidad del estilo, y otra cosa es encontrarlas; otros las han buscado también; Moya ha tenido la fortuna de dar con ellas, tal vez buscándolas con menos ahínco. En este punto está la sorpresa que he experimentado leyendo la colección de que trato, he visto un Moya mucho mejor escritor que yo le creía.

Aunque no todas, la mayor parte de las anécdotas que trae a colación son nuevas, de verdadero chiste y muy oportunas; alusiones, citas y en general digresiones y referencias de literatura, historia, etc., etc., en que abunda el libro, le dan variedad, malicia, interés, y hacen su lectura mucho más agradable de lo que suele serlo la de libros análogos, en los que el *botafumeiro* hace el gasto, convirtiendo la obra crítica en un monólogo de humo.

Es claro que yo no estoy conforme con la opinión de Moya acerca de los méritos oratorios, y de otra índole, de algunos de sus Demóstenes; pero esto importa poco, y para el buen éxito del libro no importa nada. Así, por ejemplo, en su benevolencia para con Romero Robledo, llega a decir Moya lo que no es exacto: que si se le habla es imposible resistir al

atractivo de su persona. Yo puedo decir de mí que la única vez que hablé con ese caballero conocí desde luego en él la intención de *filtración* política que todos le atribuyen; pero tuve el honor de contestar a sus palabras melosas y oficiosos ofrecimientos con el mayor despego que he empleado en mi vida; porque tengo también el honor de considerar al Sr. Romero Robledo como una de las personas más perjudiciales de España; y en punto a sus cualidades personales no admito bromas, ni eufemismos ni concesiones; me parece un hombre antipático y funesto, que tiene la importancia de los microbios: el ser una peste, un mal muy contagioso. Romero en otro país menos corrompido por la ignorancia y el compadrazgo y la poca aprensión, sería una de tantas cabezas de chorlito; en España es el símbolo de varias calamidades nacionales. No se le puede pintar bien sino por medio de una paradoja: es un tonto con mucho talento para envenenar [sic, ¿envenenar?] el aire. No habrá majadero que no lo admire ni hombre de ambiciones vulgares que no le envidie.

Decía que no estoy conforme con muchas de las opiniones de Moya; en general, no estoy conforme con el diapason de su crítica. En mi sentir aún debió separar más a Castelar de todos los demás oradores, cuanto más se aventurara en este sentido, más se parecería su juicio al del arte y al de la historia. La prueba suprema en punto a diferencia que señalo, es esta: que se lean hoy los discursos de hace quince años de todos esos oradores... y a ver si nada de aquello se parece a literatura a no ser los discursos de Castelar. También opino que Moya no estudia en la oratoria de Salmerón los rasgos más admirables, por más que en otros respectos le hace una completa justicia.

Pero dicho esto, para que no todo sea alabanza, insisto en mis justísimos elogios. Aunque no aparente, se ve en el fondo de estos ligeros estudios una distinción que todo hombre de verdadero gusto, de cultura seria y de sana moralidad, tiene que establecer entre unos y otros políticos españoles. Y en este punto Moya, con gran *olfato espiritual*, hace su clasificación implícita y no tiene él la culpa si resulta que los hombres simpáticos, los que no llevan a la política una *segunda* intención nada menos que *altruista*, son... los liberales, los demócratas, por regla general. Sí, esto es cierto, y no hay por qué no decirlo. Demasiados defectos tiene la democracia española para que, por modestia, callemos sus gracias. Nuestros políticos de ideas *avanzadas* son en general poco prácticos, poco hábiles, véase, por ejemplo, al simpático Azcárate enfrente de Romero Robledo, no atreviéndose, por caridad mal entendida, a cumplir en él la justicia que mandan hacer; véase al mismo Salmerón empeñado en ser un Abelardo entre el *nominalismo* [sic, ¿nominalismo?] y el *realismo* republicanos y cayendo, por tanto en el *conceptualismo* político, que es como caer en un hoyo; véase a Pí y Margall malgastando tantas hermosas facultades en defender paradojas *prudonianas*: la teoría de la antítesis de libertad y autoridad, resuelta por el atomismo de la autoridad, por el cálculo infinitesimal de la anarquía, a que en todo rigor lógico llega el sistema del autor de las *Contradicciones*; véase a Castelar, porque no digan que soy parcial. Véase Castelar que con todo su talento de hombre de Estado, por cierta debilidad, no ha sabido, o no ha pensado en ello siquiera, hacer valer sus derechos a la jefatura indiscutible de toda la democracia republicana española, jefatura que no tengo motivos para creer que sería reconocida por los más ilustres prohombres que hoy por la poca habilidad de todos, tienen que adorar la misma divinidad en diferentes altares, siendo todas las diferencias cuestión de ritos, no de dogmas. Pero si todo esto hay, y acaso más, en cambio, como un consuelo para lo pasado y esperanza para lo porvenir, tenemos el hermoso ejemplo que están dando nuestras eminencias de la primera República, todos ellos humildes trabajadores, jornaleros, después de haber sido soberanos. Pí y Margall gana su sustento con asiduo trabajo de bufete, lo mismo que Salmerón, y Castelar no es ni más ni menos que un gran asalariado de la literatura. ¡Cuán ciegos los que quieren hacer tabla rasa de la gloriosa historia de nuestros partidos republicanos y prescindir de estas grandes pruebas del carácter moral que son para la nación la garantía que ella ha de apreciar en más el día que sea necesario presentarse con mucho crédito...! Moya, en sus *Oradores políticos*, deja bien entrever que es de los que comprenden esto, de los que saben estimar en lo que vale este

tesoro de honradez, de pureza, de idealidad que representan *nuestros hombres*, los de la República.

Solo a un imbécil se le podrá ocurrir que con lo dicho yo niego la honradez e integridad a todos los hombres notables de la monarquía. No, entre las eminencias del partido liberal monárquico, hay muchos rigurosamente morales, y hasta en el partido de Cánovas hay alguna personalidad de las ilustres, de integridad indiscutible.- Además, si bien no se debe acusar a nadie concretamente en cuestiones tan delicadas, en punto a meter la mano en el fuego por la pureza ética del prójimo cada cual puede tener sus preferencias. Yo, por ejemplo, no me arrojaría a ningún género de ordalías por Romero, ni por Cánovas, ni por Pidal, no porque dude de esos hombres, sino porque estoy seguro de que no tenemos las mismas ideas en materia de escrúpulos de monja.

Pues bien, en el libro de Moya se me antoja ver que el autor reparte discretamente sus premios a la virtud, y que jamás los confunde con las coronas de hojarasca destinadas a la retórica.

(El Globo)

CLARÍN